

JUDITH SCHALANSKY

INVENTARIO
DE ALGUNAS COSAS
PERDIDAS

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE ROBERTO BRAVO DE LA VARGA

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Verzeichnis einiger Verluste*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2018 by Suhrkamp Verlag Berlin
Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin
© de la traducción, 2021 by Roberto Bravo de la Varga
© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

La traducción de este libro ha recibido una subvención
del Goethe-Institut



En la cubierta, *Figura sceleti prope Quedlinburgum efossi* [‘Figura de los esqueletos desenterrados en las proximidades de Quedlinburg’], grabado de Christian Ludwig Scheidt para la *Protogaea* (1749), de Gottfried Wilhelm Leibniz

ISBN: 978-84-18370-58-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 16 569-2021

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Nota previa</i>	7
<i>Prólogo</i>	13
Tuanaki	35
El tigre del Caspio	57
El unicornio de Guericke	79
Villa Sacchetti	101
<i>El caballero vestido de azul</i>	123
Las canciones de amor de Safo	145
El palacio de los Von Behr	167
Los siete libros de Mani	189
Puerto de Greifswald	209
Una enciclopedia en el bosque	231
El Palacio de la República	253
Las selenografías de Kinau	273
<i>Índice bibliográfico y de ilustraciones</i>	293
<i>Índice onomástico</i>	295

NOTA PREVIA

Mientras trabajaba en este libro, la sonda espacial *Cassini* ardió poco después de entrar en la atmósfera de Saturno; el módulo *Schiaparelli* se estrelló en Marte, el planeta rojo, cuyas rocas se disponía a estudiar; un Boeing 777 desapareció sin dejar rastro cuando volaba de Kuala Lumpur a Pekín; en Palmira volaron con explosivos los templos de Bel y de Baalshamin, de dos mil años de antigüedad, así como la fachada monumental de su teatro romano, el arco del triunfo, el tetrapilón y parte de la gran columnata; la ciudad iraquí de Mosul asistió a la destrucción tanto de la gran mezquita de al Nuri como de la mezquita del profeta Jonás y, en Siria, el monasterio paleocristiano de San Elián quedó reducido a escombros y cenizas; un terremoto derrumbó por segunda vez la torre de Dharahara en Katmandú; un tercio de la Gran Muralla china fue víctima del vandalismo y de la erosión; unos desconocidos profanaron la tumba del cineasta Friedrich Wilhelm Murnau y robaron su cráneo; en Guatemala, la laguna de Atescatempa, famosa por sus aguas de color azul turquesa, llegó a secarse; en Malta, la Ventana Azul, una formación rocosa en forma de arco, se hundió en las aguas del mar Mediterráneo; la rata cola de mosaico, un roedor que había sobrevivido en Cayo Bramble, en la Gran Barrera de Coral, se extinguió definitivamente; el último ejemplar macho de rinoceronte blanco del norte tuvo que ser sacrificado administrándole un sedante cuando tenía cuarenta y cinco años, en la actualidad sólo quedan dos individuos de esta subespecie, su hija y su nieta; la única muestra de hidrógeno metálico, obteni-

da tras ochenta años de experimentos fallidos, desapareció en un laboratorio de la Universidad de Harvard, sin que nadie sepa si la microscópica partícula fue robada, destruida o simplemente volvió a su estado gaseoso.

Mientras trabajaba en este libro, un bibliotecario de la Schaffer Library de Nueva York encontró, dentro de un almanaque del año 1793, un sobre con un mechón de cabello de color gris plateado que resultó ser de George Washington; se descubrió una novela de Walt Whitman desconocida hasta la fecha y apareció el álbum perdido del saxofonista de jazz John Coltrane *Both Directions At Once*; un estudiante en prácticas de diecinueve años halló cientos de dibujos de Piranesi en el Gabinete de Grabados de la Galería Nacional de Arte de Karlsruhe; se descifraron dos páginas del diario de Ana Frank ocultas bajo un pliego de papel marrón que se había adherido sobre ellas; se identificó el alfabeto más antiguo del mundo, tallado sobre una losa de piedra hace tres mil ochocientos años; se recuperaron los archivos de imagen con las fotografías tomadas por los orbitadores lunares en 1966-1967; se descubrieron fragmentos de dos poemas de Safo de los que no teníamos noticia; los ornitólogos avistaron en El Cerrado brasileño varios ejemplares de columbina ojiazul, un ave que se creía extinguida desde 1941; los biólogos describieron una nueva especie de avispa, la *Deuteraenia ossarium*, que construye nidos en árboles huecos, deposita sus huevos en celdillas separadas entre sí y deja en cada una de ellas una araña muerta para que la larva pueda alimentarse; localizaron en el Ártico el *Erebus* y el *Terror*, los buques de la expedición perdida que el capitán John A. Franklin dirigió en 1848; en el norte de Grecia, un equipo de arqueólogos excavó un gigantesco túmulo, donde puede que no reposen los restos de Alejandro Magno, pero sí los de su fiel compa-

ñoero Hefestión; cerca del complejo de templos de Angkor Wat, en Camboya, apareció la primera capital del Imperio jemer, la ciudad perdida de Mahendraparvata, que debió de ser el mayor asentamiento urbano de la Edad Media; un grupo de investigadores encontró un taller de momificación en la necrópolis de Saqqara, y en la constelación del Cisne, a mil cuatrocientos años luz del sol, en lo que se conoce como «zona de habitabilidad estelar», se localizó un cuerpo celeste con una temperatura media comparable a la de la Tierra, por lo que es posible que exista agua o que haya existido en algún momento y, por consiguiente, también vida tal y como nosotros la concebimos.

PRÓLOGO

Un día de agosto, hace ya algunos años, viajé al norte para visitar una ciudad. Se encuentra en una de las últimas ensenadas de un brazo de mar, formado en una remota glaciación, que penetra tierra adentro y cuyas aguas saladas se llenan de arenques en primavera, anguilas en verano, bacalao en otoño y carpas, lucios y tencas en invierno, por lo que la gente de allí se ha dedicado desde siempre a la pesca. El barrio donde los marineros y sus familias llevan siglos viviendo no puede ser más pintoresco. Son apenas dos calles empedradas, un secadero para las redes y un monasterio en el que ya sólo habitan dos venerables ancianas. En suma, se trata de uno de esos lugares donde parece que el tiempo se ha detenido y uno cede con excesiva facilidad a la tentación de pensar que el pasado, tan difuso como atractivo, se conserva aún hoy. Sin embargo, lo que me llamó la atención no fueron los rosales en flor ni las estilizadas malvas, ni las casas bajas con sus paredes encaladas y sus puertas de madera pintadas de colores, ni los estrechos callejones entre una vivienda y otra, pasadizos que la mayoría de las veces desembocan directamente en la pedregosa orilla del mar. Si guardo un recuerdo especial de aquella localidad es porque el centro no estaba ocupado por la plaza del mercado, sino por un cementerio al que daban sombra unos jóvenes tilos, que deslumbraban por su verdor estival, y estaba rodeado por una reja de hierro. El espacio donde normalmente se intercambian mercancías por dinero se había reservado para que los muertos, sepultados bajo tierra, pudieran «descansar», como nos gusta decir, movidos por una fe

imperturbable, a la medida de nuestros deseos. Mi estupor, que al principio confundí con simple malestar, era inmenso, pero aumentó aún más cuando alguien llamó mi atención sobre la casa de una mujer que, mientras preparaba la comida, podía ver desde su cocina la tumba de su hijo, prematuramente fallecido. Comprendí entonces que los ritos funerarios de aquel lugar, una tradición con siglos de historia, no tenían la finalidad de separar a los muertos de los vivos, sino que los mantenían unidos, como miembros de la misma familia, unos al lado de otros, una proximidad que, por lo que sabía, sólo se encuentra en algunas islas del Pacífico. Como es natural, en aquel entonces ya había visitado otras necrópolis que me habían llamado poderosamente la atención: San Michele, la isla de los muertos, con sus altos muros de ladrillo rojo, que se alza sobre las aguas azules y verdes de la laguna de Venecia, como si se tratase de una fortaleza inexpugnable, o el Hollywood Forever Cemetery, con su ambiente colorido y ruidoso, cuando, cada año, la población mexicana celebra el Día de los Muertos llenando las tumbas de flores amarillas y naranjas, y de calaveras hechas de azúcar y de cartón piedra, cadáveres en avanzado estado de descomposición condenados a sonreír burlescamente para toda la eternidad. Sin embargo, ninguna me había conmovido tanto como el cementerio de aquel pueblo de pescadores, en cuyo singular trazado—producto de la superposición de un círculo y un cuadrado—creí reconocer todo un símbolo de la estremecedora quimera que se hacía realidad ante mis propios ojos: vivir cara a cara con la muerte. Durante mucho tiempo estuve convencida de que en este lugar, cuyo nombre en danés significa ‘pequeña isla’ o ‘lugar rodeado de agua’, se estaba más cerca de la vida precisamente porque sus habitantes habían acogido a los muertos y los habían colocado literalmente en el centro, a dife-

rencia de lo que suele ocurrir en otras latitudes, donde se los expulsa del seno de la comunidad, sacándolos de la ciudad, aunque el espacio urbano, con su desenfrenado crecimiento, termine integrando sus tumbas al cabo de poco tiempo.

Sin embargo, hasta ahora, cuando estoy a punto de acabar este libro en el que la destrucción y la descomposición en sus aspectos más diversos desempeñan un papel esencial, no me había dado cuenta de que este proceder no es más que otra manera, una de las muchas posibles, de tratar con la muerte, y de que, en el fondo, no debería parecernos ni más piadoso ni más torpe que el de los calatías, que, según cuenta Herodoto, tenían por costumbre comerse el cadáver de sus propios padres y se quedaron horrorizados al enterarse de que los griegos solían quemar a los suyos. Decidir quién está más cerca de la vida, aquel que contempla continuamente la muerte o aquel que logra apartar de sí su imagen, no es tarea fácil; las opiniones acerca de esta cuestión son tan contradictorias como las que se vierten cuando discutimos sobre qué resulta más espantoso: la idea de que todo tiene un final o la de que puede que no lo tenga.

Es innegable que la muerte y el problema que plantea a quienes siguen vivos, cómo conjugar la repentina ausencia de una persona con la presencia de todo aquello que ha dejado tras de sí, desde su propio cadáver hasta su dinero y sus bienes, ahora sin dueño, han recibido respuestas y han provocado reacciones a lo largo de la historia, cuyo significado escapa a cualquier interpretación que considere una finalidad práctica, devolviéndonos al punto en que nuestros ancestros sobrepasaron su naturaleza animal para entrar en la esfera humana. No abandonar los restos mortales de un semejante a los procesos de descomposición naturales suele considerarse una cualidad propia del ser humano, aunque se pueden observar conductas parecidas en otros

animales superiores; así, por ejemplo, cuando un elefante está a punto de morir, los miembros de la manada se reúnen a su alrededor y pasan horas sacudiéndolo con la trompa, mientras barritan furiosos, incluso tratan de volver a poner en pie el cuerpo sin vida, y, por fin, cubren el cadáver con tierra y ramas. El lugar donde ha muerto es visitado regularmente, incluso años más tarde, para lo cual se requiere, sin duda, una buena memoria y, si esto es posible, cierta noción de un más allá, que podemos imaginar tan fantástica como la nuestra y no menos difícil de verificar.

La cesura que marca la muerte es el punto de partida de la memoria y de la tradición, toda cultura brota del lamento fúnebre que trata de llenar ese vacío, ese repentino silencio, con cantos, oraciones y relatos en los que lo ausente revive. Como ocurre con un molde hueco, la experiencia de la pérdida nos ayuda a definir el contorno de aquello por lo que nos lamentamos y, en no pocas ocasiones, a la luz del luto que lo idealiza se transforma en un objeto de deseo. Por decirlo con las palabras que empleaba un profesor de zoología de Heidelberg en el prólogo de un librito de la Neue Brehm-Bücherei: «Otorgar más valor a aquello que se ha perdido que a lo que aún existe parece ser una característica que define al hombre occidental, por difícil que resulte comprenderlo racionalmente, de otro modo no se explica la extraña fascinación que ha sentido desde siempre por el tigre de Tasmania».

Hay múltiples estrategias para conservar el pasado y evitar el olvido. Si hemos de darle crédito a la tradición, la historiografía comienza con una serie de guerras devastadoras entre griegos y persas, y la mnemotecnia, hoy casi abandonada, con un accidente que causó numerosos muertos: sucedió en Tesalia, a comienzos del siglo V antes de Cristo, cuando una casa se derrumbó y sepultó a los

invitados que habían acudido a un banquete; el único superviviente, el poeta Simónides de Ceos, que había entrenado su memoria, consiguió regresar con la mente al edificio destruido y evocar el lugar en el que estaba sentado cada comensal, lo cual permitió la identificación de los cadáveres, que habían quedado desfigurados, atrapados bajo los escombros. Entre las numerosas paradojas que se derivan de la oposición que enfrenta la vida y la muerte se encuentra el hecho de que, cuando una persona fallece y asumimos su pérdida como algo irrevocable, el dolor puede duplicarse o reducirse a la mitad, mientras que si se trata de una desaparición, la incertidumbre acerca de la suerte que ha corrido sume a sus familiares en una pesadilla indescriptible, en la que se debaten entre una esperanza no exenta de angustia y un luto al que todavía no tienen derecho, lo cual les impide seguir adelante con su vida o al menos reconstruirla.

Estar vivo implica sufrir pérdidas. Preguntarse por el porvenir es tan antiguo como el propio ser humano; sin embargo, una de las cualidades del futuro, tan necesaria como inquietante, es que escapa a cualquier previsión: el misterio envuelve tanto el momento como las circunstancias de la muerte. ¿Quién no está familiarizado con esa estrategia defensiva que consiste en anticipar los males antes de que lleguen, con ese sentimiento dulce y amargo a la vez, con ese impulso fatal que nos anima a conjurar lo que nos asusta adelantándonos a ello? Imaginamos los desastres que podrían sobrevenir, tratamos de adivinar las catástrofes antes de que se produzcan y creemos erróneamente que, de este modo, evitaremos sorpresas desagradables. En la Antigüedad, los sueños ofrecían esta clase de consuelo. Según los griegos, auguraban, igual que los oráculos, lo que había de suceder y, aunque nadie pudiera escapar a su destino, ser-

vían para despojarle del horror que acompaña a lo inesperado. No son pocos los que se quitan la vida por miedo a la muerte. El suicidio parece ser la medida más radical para librarse de la incertidumbre sobre lo que nos depara el futuro, aunque ello suponga poner fin a la existencia. Se cuenta que entre los regalos que trajo la embajada india a la que Augusto recibió en la isla de Samos, se encontraban un tigre, un muchacho sin brazos que sabía utilizar los pies como si fueran manos y un hombre llamado Zarmaro, de la casta de los brahmanes, que no quería seguir viviendo, porque las cosas no se desarrollaban como él habría deseado. Estando en Atenas, para no exponerse a ningún imprevisto, se desnudó, se untó el cuerpo con aceite y se arrojó al fuego, donde murió abrasado, soportando una espantosa agonía. Planear y escenificar su propia muerte le aseguró un lugar en la historia, aunque no sea más que como una anécdota curiosa en uno de los libros de la extensa *Historia romana* de Dion Casio, que abarcaba ochenta volúmenes, cuyo contenido ha llegado hasta nosotros por casualidad. Al fin y al cabo, todo lo que tenemos es lo que nos ha ido quedando.

Una memoria que lo conservara todo en el fondo no conservaría nada. Esa mujer californiana que, sin utilizar ningún recurso mnemotécnico, puede recordar todos y cada uno de sus días a partir del 5 de febrero de 1980 está prisionera en una cámara de eco donde los recuerdos giran a su alrededor sin cesar; es la reencarnación de aquel general ateniense, Temístocles, que era capaz de llamar por su nombre a cada uno de los ciudadanos de su ciudad natal y mandó ejecutar al mnemotécnico Simónides, porque ansiaba aprender el arte del olvido, no el de la memoria: «Recuerdo incluso lo que no quiero recordar, y no puedo olvi-

dar lo que quiero olvidar». Por desgracia, el arte del olvido es una utopía inalcanzable, porque todos los signos, incluso aquellos que nos remiten a lo ausente, suponen una forma de presencia. Las enciclopedias aseguran conocer los nombres de la práctica totalidad de los condenados a la *damnatio memoriae* durante el Imperio romano.

Olvidar todo es malo, de eso no cabe duda; pero es aún peor no olvidar nada, porque todo saber nace del olvido. Si almacenáramos todo indiscriminadamente, como ocurre en esos servidores donde se malgasta tanta energía eléctrica, la información perdería su sentido y se convertiría en una recopilación desordenada de datos inservibles.

La creación de cualquier archivo responde a la voluntad de conservarlo todo, como pretendía el arca de Noé. Ahora bien, una idea sin duda fascinante como, por ejemplo, transformar el continente de la Antártida o incluso la luna en un museo de la Tierra, centralizado y democrático, que custodie todas las creaciones culturales, con un criterio imparcial, revela una mentalidad totalitaria y constituye un proyecto condenado de antemano al fracaso, como si alguien se propusiera reconstruir el Paraíso, cuya atractiva imagen, arquetípica y nostálgica, se ha mantenido viva en el imaginario de todas las culturas de la humanidad.

En el fondo, cualquier objeto está llamado a convertirse en basura, cualquier edificio encierra en sí mismo el germen de una ruina y cualquier creación comporta destrucción. Lo mismo ocurre con todas aquellas disciplinas e instituciones que se jactan de preservar la herencia de la humanidad. Incluso la arqueología, por rigurosa y concienzuda que sea su labor, es consciente de que remover los sedimentos de épocas pasadas acarrea desastrosas consecuencias. Los archivos, museos y bibliotecas, los parques zoológicos y los espacios naturales protegidos no son más que cemen-

terios mejor o peor administrados, donde se almacenan materiales que, en no pocas ocasiones, se han arrancado al ciclo vital del presente para dejarlos a un lado, acaso para olvidarlos, como los personajes y los hechos heroicos cuyos monumentos pueblan el paisaje urbano.

Probablemente haya que considerar una suerte que la humanidad no guarde memoria de las geniales ideas, de las conmovedoras obras de arte y de las revolucionarias conquistas que ha ido dejando atrás, bien sea porque se han destruido de manera deliberada o simplemente porque se han perdido en el curso del tiempo. Se podría decir que a nadie le pesa aquello que ignora. Con todo, no deja de ser sorprendente que un buen número de pensadores europeos de la Edad Moderna consideraran razonable e incluso saludable que las culturas decayeran periódicamente, como si la memoria cultural fuera un organismo más, cuyas funciones vitales dependen de que se desarrolle un proceso metabólico en el que cualquier asimilación de nutrientes comporta una digestión y una excreción.

Esta visión del mundo, tan limitada como despótica, explica la ocupación y explotación sin escrúpulos de territorios extranjeros, el sometimiento, esclavización y exterminio de pueblos no europeos, y la desaparición de su cultura, despreciada, como parte de un proceso natural, justificando los crímenes cometidos sobre la base de una teoría de la evolución mal entendida, según la cual sólo el más fuerte sobrevive.

Es obvio que sólo podemos lamentar lo que ha desaparecido, lo que se ha perdido, aquello de lo que sólo quedan reliquias, vagas noticias, apenas un rumor, una huella a punto de borrarse, un eco amortiguado. ¡Cuánto me gustaría saber lo que significan las figuras de Nazca en la pampa peruana, cómo acaba el fragmento 31 de Safo y qué ame-

naza suponía Hipatia para que no sólo hicieran pedazos su obra sino también su cadáver!

A veces parece como si los mismos restos glosaran su propio destino. Así sucede con el único fragmento que hemos conservado de la ópera de Monteverdi *L'Arianna*, el *Lamento*, en el que la heroína que da título a la obra expresa su desesperación cantando: «Dejadme morir, dejadme morir, ¿qué queréis que me conforte ante tan duro destino, ante tan gran martirio? Dejadme morir». El cuadro de Lucian Freud robado de un museo de Róterdam, del que sólo queda una reproducción, después de que la madre de uno de los ladrones lo quemara en la estufa de un baño de Rumanía, muestra a una mujer con los ojos cerrados, no se sabe muy bien si porque está durmiendo o acaso porque está muerta. Y de la obra del poeta trágico Agatón sólo han llegado hasta nosotros dos agudos comentarios, gracias a que Aristóteles los cita: «Al arte ama el azar y el azar ama el arte» y «Ni siquiera los dioses pueden cambiar el pasado».

Lo que se ha negado a los dioses parecen codiciarlos los tiranos de todas las épocas: no les basta con utilizar su creatividad para destruir el presente. Quien quiere controlar el futuro debe desmontar el pasado. Quien se nombra a sí mismo patriarca de una nueva dinastía, fuente de toda verdad, debe borrar el recuerdo de sus predecesores y prohibir todo pensamiento crítico. Es lo que hizo Qin Shi Huang, quien se concedió a sí mismo el título de «Augusto emperador fundador de los Qin», cuando en el año 213 antes de Cristo ordenó una de las primeras quemas de libros de las que tenemos noticia y acabó con sus opositores ejecutándolos o condenándolos a trabajos forzados en la red de calzadas imperiales, en la Gran Muralla china o en el gigantesco mausoleo en el que incluyó, como megalómana comparsa, un ejército de soldados de terracota de tamaño

natural con sus carros de guerra, caballos y armas, cuyas reproducciones circulan hoy por todo el mundo, símbolos de una profanación sin igual, consolidando y socavando a un tiempo la memoria de quien los encargó.

En no pocas ocasiones, los discutibles planes para hacer *tabula rasa* del pasado nacen del razonable deseo de comenzar de cero. Parece que, a mediados del siglo xvii, el Parlamento inglés se planteó seriamente si había que quemar los archivos de la Torre de Londres para «que se borrara toda memoria de las cosas pretéritas y que todo el régimen de la vida recomenzara», como refiere Jorge Luis Borges recogiendo una cita de Samuel Johnson que no he conseguido localizar.

Como sabemos, la propia Tierra no es más que un montón de escombros de un porvenir ya pasado, y la humanidad, el abigarrado mosaico de herederos de un pasado que deben asumir y transformar continuamente, repudiándolo y destruyéndolo, ignorándolo y relegándolo, ya que, pese a la creencia popular, no es en el futuro sino en el pasado donde se abre un espacio distinto, lleno de posibilidades. Precisamente por ello, los primeros actos oficiales de cualquier nuevo régimen tienen como objetivo reinterpretar el pasado. Quien, como yo, ha sido testigo de una quiebra en la historia, del furor iconoclasta de los vencedores, del dismantelamiento de los monumentos, reconoce sin dificultad en cualquier visión del futuro un pasado que aún está por venir, en el que, por ejemplo, las ruinas del Palacio Real de Berlín, ahora en reconstrucción, deberán ceder su puesto a una réplica del Palacio de la República.

En el Salón de París de 1796, en el quinto año de la República, Hubert Robert, introductor del género de la pintura de ruinas en Francia, que había pintado tanto la toma de la Bastilla como la demolición del castillo de Meudon o

la profanación de las tumbas reales en la basílica de Saint-Denis, expuso dos cuadros en el Palacio del Louvre. Uno reflejaba su propuesta para transformar el Palacio Real en la Gran Galería del Louvre—una sala llena de pinturas y esculturas, bien iluminada gracias a sus techos de cristal y llena de visitantes—; el otro cuadro mostraba el mismo espacio en ruinas, tal y como sería algún día. En la primera visión del futuro se aprecia la luz cenital que penetra a través del lucernario, en la segunda se ve directamente un cielo nublado: la cúpula se ha venido abajo, las paredes están desnudas, despojadas de todo adorno, las esculturas yacen en el suelo hechas pedazos. La única pieza que se alza intacta entre los escombros, aunque cubierta de hollín, es el *Apolo de Belvedere*, un trofeo procedente de las campañas napoleónicas. Los amantes de las catástrofes vagan por el paraje en ruinas, desentierran algunos torsos de estatuas que han quedado sepultados, se calientan en una hoguera. En las grietas de la bóveda se aprecian brotes verdes. La ruina es un lugar utópico en el que pasado y futuro convergen.

El arquitecto Albert Speer fue aún más lejos desarrollando una teoría en la que especulaba sobre el «valor de la ruina». Décadas después del final del nacionalsocialismo afirmó que sus proyectos para el Reich de los mil años, que no hay que entender únicamente en un sentido metafórico, no sólo preveían el uso de materiales particularmente duraderos, sino que consideraban incluso el aspecto que ofrecerían las futuras ruinas de cada edificio para que, a pesar de su decadencia, pudieran competir con la grandeza de los restos romanos. Auschwitz, en cambio, se ha definido, no sin razón, como devastación sin ruinas. Era una arquitectura completamente deshumanizada, una maquinaria industrial concebida para el exterminio, en la que todas las piezas, hasta la más pequeña, estaban perfectamen-

te sincronizadas y trabajaban, sin producir residuos, en la aniquilación de millones de personas, un crimen que dejó tras de sí el mayor vacío de la Europa del siglo xx, un trauma que se aloja en la memoria de los supervivientes y de sus descendientes, tanto en el lado de las víctimas como en el de los verdugos, como un cuerpo extraño difícil de absorber, que tardará aún mucho tiempo en ser eliminado por completo. La barbarie del genocidio exige que nos planteemos de modo urgente en qué medida experimentamos tal pérdida, pues las nuevas generaciones constatan con impotencia, pero también con una lógica implacable, que lo sucedido se sustrae a cualquier representación.

«¿Qué se conserva en las fuentes históricas? No es ni el destino de las violetas pisoteadas durante la conquista de Lieja, ni el sufrimiento de las vacas en el incendio de Lovaina, ni las formaciones de nubes delante de Belgrado», escribe Theodor Lessing en su libro *Geschichte als Sinngebung des Sinnlosen* [‘La historia como el sentido de la sinrazón’], redactado durante la Primera Guerra Mundial, en el que desenmascara esa concepción de la historia que habla de un progreso cimentado en la razón, tratando de dar forma *a posteriori* a aquello que no la tiene, mediante un relato con un principio y un final, con ascensos y declives, con épocas de esplendor y decadencia, que obedece fundamentalmente a las reglas de la narrativa.

Que la fe ilustrada en el progreso mantenga su influencia prácticamente intacta—a pesar de que las leyes de la evolución han demostrado que lo que existe, al menos por un tiempo, se debe más bien a una conjunción, tan compleja como perturbadora, de casualidad y adaptación a las circunstancias—se debe posiblemente a la sencillez y al atrac-

tivo que posee una historia lineal, una idea sugestiva y muy arraigada, en consonancia con el curso de la escritura, también lineal, propio de las culturas occidentales, a la vista de lo cual es sumamente fácil llegar a la conclusión natural, pero errónea, de que todo lo que existe es fruto de una voluntad y posee una lógica, aunque apelar a una instancia divina carezca ya de sentido. En este drama, simple pero poderoso, que postula un progreso continuo, la única función del pasado consiste en someterse al futuro, presentando la historia—ya sea la de nuestra propia vida, la de una nación o la del género humano—como algo necesario, en absoluto casual. Sin embargo, como sabe cualquier archivera, la cronología, el uso de números correlativos para marcar una serie de hitos, representa, como método, un sistema de organización convencional e insuficiente, ya que se limita a simular un orden.

Ahora, en cierto modo, el mundo se ha convertido en un inmenso archivo de sí mismo; la materia, viva o inerte, de la Tierra puede verse como un documento que ofrece un registro gigantesco, casi infinito, en el que se recopilan todos los esfuerzos realizados para sacar una enseñanza, para extraer conclusiones a partir de la experiencia del pasado, y la taxonomía no es más que un proyecto para dar con las palabras clave que pongan orden en el confuso archivo de la biodiversidad, dotando de una estructura aparentemente objetiva al formidable caos que ha traído consigo la evolución. En el fondo, en este archivo no se pierde nada, porque su cantidad de energía es constante, todo parece dejar huella en alguna parte. Si fuese cierta la desconcertante afirmación de Sigmund Freud, que tanto recuerda a la ley de la conservación de la energía, de que, en realidad, ningún sueño, ningún pensamiento se olvida jamás, no sólo podríamos desenterrar del sustrato de la memoria

humana las experiencias del pasado—un trauma heredado, dos versos de un poema sin relación entre sí, la pesadilla espectral de una noche de tormenta en los primeros años de la infancia, una imagen pornográfica espantosa—, como hacen los arqueólogos cuando excavan en busca de huesos, fósiles o fragmentos de cerámica, sino que tal vez podríamos aventurarnos a bajar a los infiernos para recuperar la obra de las infinitas generaciones que nos han precedido, aprovechando el rastro que han dejado para sacar a luz la verdad, incluso aquella que se ha reprimido o se ha borrado, la que se esconde tras un acto fallido o la que acabó relegada al olvido, todo aquello que yace oculto, pero que no es posible negar, porque, de una u otra manera, siempre ha estado presente.

Sin embargo, el consuelo que nos puedan procurar las leyes de la física va a ser más bien limitado, ya que el principio de conservación de la energía, en el que la transformación triunfa sobre la finitud, no aclara que, en la mayoría de los procesos, el cambio es irreversible. ¿De qué le sirve a uno el calor de una obra de arte que se quema? Entre sus cenizas no vamos a encontrar nada digno de admiración. Las bolas de billar fabricadas con el material con el que estaban hechas las antiguas películas de cine mudo, después de extraer la plata que contenían, ruedan impasibles sobre la mesa tapizada con fieltro verde. La carne de la última vaca marina de Steller fue digerida en poco tiempo.

Hay que asumir que la decadencia de todos los seres vivientes y de todas las cosas creadas es la condición de su existencia. Según las leyes de la naturaleza es sólo cuestión de tiempo que todo desaparezca, se desintegre y se corrompa, se desmorone y se arruine. Así ha ocurrido con algunas de las reliquias más singulares de nuestro pasado, en cuyo origen se traslucen circunstancias catastróficas: los únicos

documentos escritos en lineal B, la escritura silábica que utilizaba el griego arcaico, cuyos signos, semejantes a pictogramas, tardaron tanto tiempo en descifrarse, sólo se han conservado porque el calor generado por el enorme incendio que destruyó el Palacio de Cnosos alrededor del año 1380 antes de Cristo endureció miles de tablillas de arcilla en las que se habían consignado los ingresos y los gastos de la corte, permitiendo así que perduraran en el tiempo; los vaciados en escayola de las personas y animales enterrados vivos en Pompeya tras la erupción del Vesubio surgen del hueco que dejan los cadáveres en la piedra endurecida tras el correspondiente proceso de descomposición; las sombras fantasmales que quedaron impresas en las paredes de las casas y sobre el pavimento de las calles de Hiroshima son las de las personas que se volatilizaron con la explosión de la bomba atómica.

La conciencia de nuestra naturaleza mortal resulta perturbadora y, por ello, hay que comprender ese vano deseo que nos impulsa a rebelarnos ante la fugacidad de la vida procurando dejar huella para la posteridad, confiando en que nuestro recuerdo se perpetúe en las generaciones venideras, a las que ni siquiera conocemos, como proclaman incansablemente los epitafios que mandamos cincelar en las lápidas de granito de nuestras tumbas, y que en muchos casos son una auténtica declaración de intenciones.

Incluso los mensajes de las dos cápsulas del tiempo que continúan vagando por el espacio interestelar a bordo de las sondas espaciales *Voyager I* y *Voyager II* son un testimonio del conmovedor deseo de llamar la atención sobre la existencia de una especie dotada de razón. Dos discos idénticos de cobre cubiertos de oro contienen imágenes y dibu-

jos, música y sonidos, así como registros de audio con saludos en cincuenta y cinco idiomas distintos, cuya osada torpeza—«*Hello from the children of the planet Earth*»—dice mucho sobre la humanidad. No deja de tener su encanto imaginar que, algún día, lo único que quedará de nosotros será el *Aria de la Reina de la Noche* de Mozart, *Melancholy Blues* de Louis Armstrong y el estrépito de unas gaitas azerbaiyanas; eso confiando en que los extraterrestres que lo encuentren consigan descifrar las instrucciones grabadas sobre el disco, en forma de jeroglífico, para la reproducción del contenido fonográfico que almacena en formato analógico, y que además las pongan en práctica. La probabilidad de que esto ocurra, como admiten quienes lanzaron al espacio cósmico este mensaje en una botella, es tan escasa que la empresa puede considerarse una muestra del pensamiento mágico que pervive aún en la ciencia, un ritual cuyo propósito es la autoafirmación de una especie que no está dispuesta a aceptar su absoluta insignificancia. Pero ¿qué es un archivo sin destinatario, una cápsula del tiempo sin alguien que la encuentre, una herencia sin herederos? La experiencia nos enseña que la basura que dejaron nuestros antepasados es una de las principales fuentes de información para los arqueólogos. Un estrato geológico formado por chatarra electrónica, plásticos y residuos atómicos sobrevivirá, sin nuestra intervención, al paso del tiempo, ofreciendo un testimonio fidedigno de nuestras costumbres, contaminando la Tierra mucho después de que hayamos desaparecido.

Es posible que, para entonces, nuestros descendientes hayan partido hace tiempo en busca de esa segunda Tierra que anhelamos desde que el hombre guarda memoria de sí para volver atrás en el tiempo, rectificar los errores cometidos y, si es necesario, reconstruir con un titánico esfuerzo lo

que hemos ido destruyendo sin darnos cuenta. Puede que entonces la herencia cultural de la humanidad se encuentre almacenada en forma de ADN artificial en los genes de una cepa de bacterias especialmente resistentes.

Hasta nosotros ha llegado un rollo de papiro de mediados de la primera dinastía egipcia, alrededor del 2900 antes de Cristo, que debido a su precario estado de conservación no se ha abierto aún, por lo que no podemos conocer el mensaje que contiene. A veces es así como me imagino el futuro: las generaciones venideras se encuentran ante las memorias de datos que usamos hoy en día sin saber qué hacer con ellas, curiosas cajas de aluminio cuyo contenido se ha convertido en un código indescifrable por el vertiginoso cambio de plataformas y lenguajes de programación, de formatos de almacenamiento y de aparatos de reproducción, objetos que ni siquiera tienen el aura que envuelve los nudos de los quipus de los incas, esas cuerdas de lana y de algodón tan famosas como enigmáticas, o los misteriosos obeliscos del antiguo Egipto, de los que no sabemos con certeza si son monumentos fúnebres o conmemoran algún triunfo.

Aunque nada dure eternamente, hay cosas que se conservan más tiempo que otras: las iglesias y los templos aventajan a los palacios; la cultura escrita sobrevive a aquella que no se ha fijado mediante sistemas de signos complejos. La escritura, que el erudito persa Al-Biruni definió en su momento como un ser que se reproduce en el espacio y en el tiempo, fue desde el principio un sistema para transmitir información a la par de la herencia con independencia del parentesco.

Quien sabe escribir y leer puede elegir a sus antepasados, contraponiendo a la tradicional transmisión biológica una segunda línea hereditaria de naturaleza espiritual.